Don Juan Valera: una reflexión iberoamericana

El contacto con el tema: primera y segunda estadía lisboetas

De pocas personalidades decimonónicas cabe decir que fuera la primera en varias áreas del saber y las artes. Aunque él, tan amante de los tonos grises y del justo medio, expresara reservas o mostrara sus escrúpulos ante atribuciones muy rotundas, no hay duda de que Juan Valera fue no sólo nuestro primer estilista de la pasada centuria así como el mejor conocedor y adaptador del mundo clásico a los tiempos en que le tocó escribir. Pero también se reveló como el epistológrafo más completo en una centuria de grandes escritores de cartas y fue en aquélla, sin concesión alguna a la presunción o a la incertidumbre, el intelectual español que más a fondo comprendió las vicisitudes de la cultura y la política lusobrasileña. Sabido es cómo cuatro de sus ocho destinos diplomáticos transcurrieron en las capitales de la antigua metrópoli y de la colonia convertida en imperio, desde donde dirigiría a sus corresponsales madrileños misivas inimitables por su sal y penetración. Antes y después de sus funciones diplomáticas en Lisboa y Río de Janeiro dio muestras de unas antenas muy sensibles para la evolución general de entrambos territorios, en particular de su vida artística y literaria.

La ambigüedad radical del pensamiento y de gran parte de la escritura del egabrense, determina que ni siquiera en el epistolario de su etapa juvenil, mucho antes de que decidiera ser un prosista de alto velamen, podamos estar seguros de su posición verdadera e íntima ante sucesos, cosas y personajes[1]. Con todo, el ambiente de encendido iberismo que encontrará en la capital portuguesa durante su estadía de agosto de 1850 a diciembre de 1851 parece que prendió en su ánimo parejo entusiasmo por una causa

[1] *Esta radical ambigüedad, a la que Azaña en su descollante ensayo valeriano no prestó atención, ha sido subrayado muy perspicazmente por Carmen Bravo Villasante,* Biografía de Don Juan Valera. Barcelona, 1959. *Vid. también S. Miranda,* Religión y clero en en la gran novela española del XIX. *Madrid, 1983.*

que todavía hallaba en España escasos seguidores. Su correspondencia de esta etapa, singularmente la dirigida a su admirado Estébanez Calderón, explicita un sentimiento de simpatía por el pasado del país vecino y por la tarea histórica de su alianza indisoluble con España. Los obstáculos y dificultades que, tiempo adelante, señalará sin temor a la impopularidad o al hastío, apenas si se perfilan ocasionalmente en unas misivas desbordantes de pasión peninsular, en perfecta sintonía con el talante e ideario de su corresponsal en la misma materia[2]. Tan lejos llegará el cordobés por esta vía cordial que profetizará la realidad del sueño iberista en breve plazo[3]. Elitista siempre, Valera anotaba con indudable regusto que el iberismo portugués era tan sólo patrimonio de sus clases dirigentes, en tanto que el pueblo mostraba un antiespañolismo visceral, legado de la historia de los últimos siglos. Pero incluso en los sectores ilustrados, la ignorancia de lo español y la exaltación patriotera de algunas figuras literarias sobrepasaba lo razonable, sin que en este tiempo D. Juan registrase idéntico desconocimiento y chauvinismo en sus compatriotas. Por lo demás, el estado del país no suscitaba en casi ningún extremo su aplauso o admiración. El marasmo en que se debatía su política y economía obligaría a España a arrostrar la labor más enojosa de la empresa unificadora[4].

La marcha un tanto imprevista y precipitada de Valera a Río de Janeiro para ocupar un nuevo destino diplomático, abrió un paréntesis de dos años en su fe iberista, vuelta a recuperar a fines de 1853 con su retorno a la

[2] *«Enseñaba a Valera [Estébanez Calderán] un iberismo menos liberal que prepotente o, diríamos hoy, imperialista. Precisamente residía Valera en Lisboa cuando allí se publicó* La Iberia, *célebre doctrinal del iberismo, que suscitó abundante polémica. Observar de cerca el ánimo portugués no pudo menos de contribuir a que Valera desechase las miras grandiosas de Estébanez. Tropezaba el iberismo con una realidad indomable por las solas armas del entusiasmo. Peor fue su desprestigio que su imposibilidad. Se gastó en la política interior de Portugal y de España: en Portugal, para desacreditar los Ministerios, acusándolos de iberistas ante la opinión pública soliviantada; en España, para combatir a la Monarquía [...] Valera no compartió el delirio ibérico que pretendía contagiarle don Serafín y se atuvo mejor que otros políticos y escritores de su tiempo a un razonable examen de lo que permitía la historia y la situación de la Península. Aunque Valera no se enfervorizase como Estébanez, iberista fue, a su modo». M. Azaña, O.C., México, 1966, I, 992-3.*

[3] *«Muchos de los literatos del país me son conocidos, y algunos amigos. Hablan todos muy bien de España, y manifiestan deseos de unirse a nosotros [...] Soy con Vd. en pronosticar que se acerca la época en que los Estados de Portugal y España se fundirán en uno. En Madrid apenas hay quien se ocupe de esta idea, aquí hay muchos, casi todos los hombres de saber y de corazón que siempre están pensando en ella; y a pesar de las rancias preocupaciones y enemiga del vulgo a los castellanos esperan que se realice [...] esta gente daría cualquier cosa por ser españoles con tal de que la Corte estuviese en Lisboa y que no se dijese que los habíamos conquistado. Garrett ha dicho en una de sus obras que los portugueses son españoles, tan españoles como los aragoneses y los castellanos, y Herculano en su historia desengaña a sus compatriotas del antiguo error en que vivían de que los Lusitanos son los antiguos portugueses, y prueba hasta la evidencia que no hay tal cosa y que Portugal no tiene nombre, ni gente propia ni historia hasta el año 1140 en que principia la suya». C. Sáenz de Tejada Benvenuti,* Juan Valera, Serafín Estébanez Calderón 1850-1858, crónica histórica y vital de Lisboa, Brasil, París y Dresde (como coyunturas humanas a través de un diplomático intelectual). *Madrid, 1971, 113 y 115.*

[4] Ibid, *118-120, 132 y 136.*

capital portuguesa. Durante su segunda y breve estancia en ella, los afanes por establecer una sólida relación intelectual entre los dos pueblos hermanos a través de una revista lusoespañola de alto porte, absorbieron gran parte de su tiempo y energías. Curiosamente, su lusitanofilia será en esta etapa más franca e incondicional, abarcando el conjunto de la nación, su ayer y hoy. «Lo que sí es cierto, certísimo, es que los antiguos odios y rencores contra los castellanos están aquí casi apagados, y que hay un gran partido a favor de la Unión o de la federación al menos, lo cual es muy para admirarse, cuando se considera que nada hemos hecho nosotros para crear este partido, ni enviando nuestros libros a los portugueses, ni escribiendo y hablando con juicio a favor de la Unión, ni lisonjeando a los portugueses, y aún sobornándolos para que se pongan de nuestro lado. El Gobierno español debía tener siquiera un periódico asalariado en Lisboa, y nada se hace ni se ofrece para tenerle, aunque sería fácil y barato conseguirlo. Las comunicaciones entre ambos Reinos son pocas por falta de buenos caminos, y serían casi nulas sin los vapores. Ahora andan aquí muy alborozados y contentos con el ferrocarril que tratan de hacer, y aseguran que estará hecho en tres años hasta la frontera junto a Badajoz. Sólo se teme que el Gobierno español no quiera continuar este camino hasta Madrid, para no dar a Lisboa una inmensa ventaja sobre nuestros puertos: ventaja que indudablemente tendría, y que los portugueses, amigos del progreso, quisieran pagar con otras mayores, y haciendo liga aduanera, y hasta olvidándose de Aljubarrota y de Onrique»[5].

A pesar de mostrarse buen conocedor de la alta temperatura iberista registrada en los meridianos madrileños del momento, Valera no dejará de acusar a los gobiernos así como a los estamentos intelectuales españoles de abandono y desidia en su atención por Portugal y, sobre todo, en difundir y propagar en ella los productos de su cultura y civilización. Enfrascado en los complicados negocios de asentar sobre una sólida plataforma el proyecto de dicha revista le llegaría a Valera la hora del retorno a su patria —noviembre de 1853— para ser testigo reluctante de la revolución de julio de 1854[6].

Al año siguiente, tras un nuevo interregno diplomático en Dresde, Valera, ya engolfado de veras en el mundo de las letras, tuvo una de sus mayores satisfacciones con la aparición de la bilingüe *Revista Peninsular*, de la que sería miembro fundador. Sin embargo, y hasta su viaje a Rusia en el séquito del duque de Osuna, su intensa actividad periodística no concederá atención a los temas portugueses.

De regreso otra vez a España después de su larga estancia norteña y sumergido con ahínco en la vida literaria, reanudó sus contactos con los principales temas doctrinales del momento. Los acontecimientos italianos

[5] Ibid, *243-244.*

[6] Ibid, *245-46. «Por reacción contra el régimen conservador —escribe un descollante modernista— los progresistas se acercaban arriesgadamente al campo de los demócratas. Sus periódicos lanzan y defienden la idea de «Unión Ibérica»* (Las Novedades, La Nación), *proyecto utópico de unión nacional de españoles y portugueses, ciertamente ya viejo, pero abandonado por imposible, y que no podía concebirse ni realizarse bajo una monarquía o al menos, bajo la dinastía reinante. La misma idea será recogida por los demócratas, y aireada mil veces, proponiendo su realización, bajo forma de federación republicana. Cuando los republicanos se adscriban a la idea federal, creerán haber encontrado la fórmula definitiva que haga posible este sueño». A. Eiras Roel,* El partido demócrata español (1849-1868). *Madrid, 1961, 191. «Cuando Vasconcellos escribe y publica su viaje* [Viagens na Terra Alheia. De París a Madrid *(1863)] la polémica del iberismo está en todo su apogeo entre los de que defienden simplemente una unión entre Portugal y España, los que se inclinan por una federación con salvedades y los que, finalmente, rechazan una y otra fórmula, prefiriendo que las cosas continúen como hasta entonces o, todo lo más se estrechen las relaciones entre los dos países». J. Ares Montes, «Un portugués en Madrid en 1861 (A.A. Tei-*

y la adhesión fervorosa suscitada en media Europa por la idea de la Nación-Estado, reverdecían entonces planteamientos y proyectos en torno a la unificación peninsular. Valera estuvo naturalmente al tanto de los trabajos que un reducido pero entusiasta núcleo de escritores y políticos desplegaba para su logro. Sin desmarcarse por entero de su cruzada, nuestro autor tomaba posiciones propias, un tanto a redropelo de dicha corriente.

La Unión Ibérica durante la Unión Liberal

Aún sin negar la materialización de los ideales iberistas, el escritor cordobés la alejaba, sin embargo, del horizonte próximo e incluso de las generaciones inmediatas. Comprendía bien que los afanes de algunos de sus más ilustres coetáneos se enmarcaban plenamente en el anhelo de unidad que había hecho posible en el escenario de la gran historia la aparición de la Alemania de Bismarck y la Italia de Cavour. Pero aunque los mismos vientos flotasen en la Península Ibérica, sus circunstancias en nada o en poco se parecían a las que facilitaron el sueño de los patriotas alemanes y *risorgimentistas*. Bien al contrario de lo que acaeciera en tierras germanas o italianas, algunos capítulos decisivos de la historia de las relaciones hispanoportuguesas desalentaban más que propiciaban no ya la unidad sino incluso la cooperación. El escepticismo benévolo de D. Juan le llevaba a no cerrar demasiadas puertas a la esperanza pero, repetiremos, en todo caso ésta apenas si se divisaba con algún rasgo firme en lontananza, lo cual no fue obstáculo para propinar un contundente varapalo al opúsculo de un gris publicista lusitano, que se dejó llevar en su *A Fundaçao da Monarquia Portugueza. Narração anti-iberica* (Lisboa, 1860) por la vena antiespañola que, en oposición a su tendencia hispanófila, se disputó siempre sus preferencias. Los sueños iberistas podían incurrir en quimeras, pero eran peores los alegatos ciegos a una fraternidad dictada por la historia, la geografía y... el interés[7].

A fuer de sinceros, habría de reconocerse que también en España no faltaban gentes que con sus prisas y elucubraciones daban pasto a la leyenda negra en un país siempre proclive a aceptarla. Con copia de argumentos históricos, literarios y políticos, tal era la tesis explanada por el humanista andaluz a lo largo de ocho amplios artículos periodísticos que a modo de reseña o, por mejor decir, de comentario bibliográfico del folleto *La fusión ibérica* del gran astorgano Pío Gullón, aparecieron en la revista madrileña a finales de 1861 e inicios de 1862. Ocioso se hará recordar que dicho libro gozó de una gran audiencia en su tiempo, llegando a marcar en el acervo publicístico e ideológico acerca del tema un hito referen-

xeira de Vasconcelos)» en Studia Hispanica in honorem R. Lapesa, *Madrid, 1972, III, 46. Vid igualmente V. de Sa,* A crise do liberalismo e as primeiras manifestaçoes das ideias socialistas em Portugal (1820-1852). *Lisboa, 1969, 362 y ss.*

[7] *«Las empresas literarias del señor Teixeira de Vasconcellos», apud C.C. Decoster,* Juan Valera, Artículos de «El Contemporáneo». *Madrid, 1966, 149-52.*

cial. Trabajo de juventud, presentaba, sin embargo, como advertía su crítico cordobés, sus puntos débiles más en el tono y en la información que en el discurso, bien trabado y mejor expuesto. Para los familiarizados con este importante capítulo de la historia de las ideas políticas del XIX será igualmente inútil insistir en los motivos que lo alumbraron y en las coordenadas en que sus páginas se encuadran. Tras los intentos auspiciados por el propio e ilustrado monarca portugués Pedro V de llevar a cabo la unidad entre los dos pueblos peninsulares en los días finales del moderantismo, campaña en la que, como acabamos de decir, se mostró particularmente combativa una importante corriente intelectual lusitana, en la plenitud del unionismo se cambiaron las tornas y sería ahora el gobierno español el que, muy en sintonía con la política de prestigio desplegada por el odonnellismo, alentara la consecución de la empresa unificadora. Pese a que su autor lo desmintiera, corrió ampliamente por mentideros y tertulias de la Villa y Corte la especie de que *La fusión ibérica* fue escrito al dictado de las miras gubernamentales e incluso de la misma Isabel II, muy dolida por las antiguas pretensiones portuguesas que de realizarse habríanse alzado sobre su derrocamiento[8].

No era, sin embargo, un prurito de contestación política —siempre muy secundario en toda su producción— el que movió a Valera a situarse en posiciones casi diametralmente opuestas a las defendidas por Pío Gullón. Frente al planteamiento de éste, que consideraba a Portugal como una pieza más del rico y variado mosaico español, D. Juan destacaba el hecho clave de su profunda nacionalidad, nacionalidad que, de manera muy madrugadora, había encontrado una fórmula estatal por el contrario de lo que sucediera con otras tierras y regiones peninsulares. Así, todos los atributos de la soberanía política y de la independencia habíanse usufructuado por el país vecino desde los remotos tiempos medievales e impreso en su conciencia colectiva una inextirpable vivencia de autonomía y plenitud nacionales a la que el mismo paréntesis de 1580-1640 no había hecho otra cosa sino acentuar. «En nombre de la fraternidad que debe unirnos a los portugueses [...] hemos tratado de probar que Portugal ha sido una gran nación; tarea inútil, sin duda, si en España conociésemos mejor la vida del pueblo habitador de aquella parte de la Península [...] es una nación, y su historia y su literatura, independientes y grandes, le dan todo el carácter y las condiciones de serlo. No son los portugueses una fracción de nuestra nacionalidad, que ha constituido un Estado aparte, sino que son una nación gloriosa y distinta, como lo fueron la aragonesa y la escocesa. Pero esto no se opone a la posibilidad ni a la realización de la unidad pacífica de ambos reinos, en un futuro más o menos remoto. El error del señor Gullón no está, a nuestro ver, en buscar la unidad, sino en buscarla

[8] *Un ligero esbozo del tema en T. Martín Martín, «El Iberismo: una herencia de la izquierda decimonónica», en* Cuatro ensayos de Historia de España. *Madrid, 1975, 47-68. Más completo es el panorama —en el que curiosamente no figura ninguna referencia a Galdós ni a Valera— de J. del Nido y Segalerva,* La Unión Ibérica. Estudio crítico, histórico de este problema formado con cuanto acerca de él han escrito los historiadores, así portugueses como españoles, y los defensores de ella. *Madrid, 1914. Tras señalar que el concepto de historiadores poseído por este escritor andaluz es muy amplio, recordaremos cómo su formulación iberista se sintetizaba en la creación de una «monarquía federativa».*

y en no creerla posible sin menoscabar la nacionalidad portuguesa y sin oscurecer sus brillantes blasones. Por lo demás, convenimos con él en que la *configuración topográfica de ambos países, la religión, la raza, las costumbres,* nos convidan a unirnos, y en que Portugal puede un día ser España, sin perder por eso sus timbres y lauros antiguos, como no los han perdido ni Aragón ni Castilla»[9].

Las grandes creaciones del genio portugués, la literatura y el arte, en cuyas excelencias y momentos estelares se engolfaba deleitosamente la ática pluma del cordobés, se ofrecían a la mirada del estudioso y del espectador imparcial como los títulos más incontestables de la nacionalidad lusitana[10]. Es lo cierto que hasta el propio siglo XVI y antes de la anexión de Portugal por Felipe II, sus reyes, dirigentes, artistas y pueblo se consideraban parte integrante de una España ibérica. Fue entonces, según Valera, el *kairós,* el instante más propicio que encontraron las relaciones entre los dos pueblos para su soldadura en un mismo Estado, conforme en tres o cuatro ocasiones estuvo a punto de producirse sin violencia ni coacción algunas. No fue así; y ya ninguna generación posterior hubo de encontrarse con terreno tan allanado y con viento de popa para la unión fraternal, íntima y deseada mutuamente[11].

Tampoco ahora, esto es a mediados del ochocientos, pintaban oros para alcanzar tan noble y respetable ideal. Una y otra vez la pulcra pluma de D. Juan, nunca entorpecida en su ágil andadura por la vasta y actualizada cultura del escritor, volvía a alancear los molinos de viento de los iberistas más ardientes. El ejemplo de Italia —aún no se había perfilado en el horizonte, aunque estuviera muy próxima, la Alemania bismarckiana— constituía para ellos, según se recordará, el santo y seña, el espejo en que su empresa mejor podía mirarse. Valera refutaba tal aserto, mostrando la distancia sideral que separaba el empeño de los *risorgimentistas* del de los partidarios de la Unión Ibérica[12].

En aquella otra península mediterránea jamás habían coexistido dos nacionalidades. Atomizada en un sinfín de reinos y principados, sus habitantes nunca habían perdido por ello la idea de pertenecer a una sola y exclusiva nación. Como siempre, Valera acudía a las artes y, de modo especial, a las letras para que así lo atestiguasen.

Todo era allá favorable para la unidad; nada había acá verdaderamente propicio para ella. Ninguna corriente poderosa, ensimismados los dos países en su irrefrenable postración; ningún ideal auténticamente colectivo que aunase esfuerzos y tendencias al norte y sur del Miño o del Guadiana; ninguna necesidad histórica, que en el pensamiento de D. Juan siempre era efecto y producto de una etapa de expansión y auge. En la teorización ideológica e histórica así como en el plano de los intereses superiores en

[9] O.C., *Madrid, 1947, III, 683.*

[10] *«Que la literatura portuguesa tiene un carácter propio que la distingue de todas y de la misma literatura del resto de la Península, es una cosa indudable y que se nota así en las excelencias como en las faltas. La lengua no es tan sonora y enérgica, pero es más rica que la lengua castellana. El mayor cultivo de los idiomas y literaturas de Roma y de Grecia en Portugal ha enriquecido el portugués con mayor número de voces y giros que el castellano [...] Portugal ha tenido también sabios prosistas, elegantes y enérgicos, historiadores, políticos y filósofos. No está reducida su literatura, como pretende el señor Gullón, a Camoens y a unos cuantos nombres aislados [...] Creemos haber demostrado, aunque harto ligeramente, que es falso que los portugueses no tengan una gran historia, una gran literatura y un carácter propio nacional [...] Aunque estuviésemos de continuo pugnando por persuadir a los portugueses de su escasa importancia, no se persuadirían de ella y tendrían razón, y sólo conseguiríamos, en vez de hacerlos amigos, suscitar su ira y su rencor, y despertar rivalidades, que ya debieran estar muertas para siempre».* Ibidem.

[11] Ibid, *684-85.*

[12] *«El ejemplo de Italia debiera retraernos del iberismo, en vez de animarnos a seguirlo y realizarlo. Allí no había más que una nación humillada y hollada de continuo por el extranjero. Sus divesos estados eran creacio-*

el ámbito de las relaciones internacionales y de la presencia de los pueblos ibéricos en el mundo, todo conspiraba por la unión; la fuerza normativa de los hechos obligaba, empero, a marchar por el camino de las realidades. Así pues, ante el cúmulo de circunstancias desfavorables, carecían de entidad los razonamientos esgrimidos por Gullón y otros adictos de lograr —por imperativo histórico y patriótico— la inmediata Unión Ibérica por cualesquiera procedimientos, sin excluir, como lo hacía el autor de *La fusión ibérica*, los de la fuerza. Buena parte, además, de tales argumentos componía mercancía averiada, habida cuenta su falsedad o debilidad. Portugal no era el país medievalizante, apartado en la cuneta del progreso que enriqueció a los Estados de su misma órbita cultural y geográfica. Al propio tiempo tampoco era España el país de Jauja que los corifeos del unionismo se apresuraban a cantar. En apoyo de sus opiniones D. Juan iría hasta recorrer el árido campo de las estadísticas, mostradoras, en uno y otro caso, de un empobrecimiento cada día más combatido y de una prosperidad más previsible que alcanzada[13].

nes artificiales de la diplomacia; casi ninguna de sus dinastías era nacional, sino impuesta por la conquista; muchos de sus príncipes estaban sentados en los tronos en virtud de un poder opresor extraño, para cumplir su voluntad y secundar sus miras y remachar más las cadenas que pesaban sobre la patria común. Y, sin embargo, ¿cuán difícil no ha sido, y es aún, el realizar esa unidad, a la que todo estaba convidando y aún provocando, unidad que era indispensable si Italia había de salir de la postración y servidumbre en que se hallaba? ¿Qué tempestad no ha levantado en toda Europa la caída de los soberanos legítimos, *cuyos tronos no tenían raíces en el suelo en que se fundaron? [...] Pues si esto ha sucedido en Italia, ¿qué no sucedería en la Península Ibérica si procurásemos imitar aquel movimiento? Allí la unión es indispensable para salir de la servidumbre; aquí la unión es sólo conveniente a nuestra mayor prosperidad y futura grandeza; allí nadie soñaba con que hubiese una nación toscana, parmesana o luquesa; aquí hay dos verdaderas y grandes naciones; allí ninguna dinastía de las caídas estaba enlazada con los recuerdos gloriosos y patrióticos [...] Aquí, en suma: esto es, en Portugal y en España, hay dos naciones y hay dos dinastías nacionales que personifican, y en las cuales se cifra toda la gloria del uno y del otro pueblo».* Ibid, 679.

[13] *«Hablemos ahora del estado actual del reino vecino, y procuremos demostrar que ni es lastimoso, como algunos creen, ni es conveniente que lo sea; antes conviene lo contrario al propósito de la Unión [...] Triste sería para los españoles tener que recoger y amparar a un menesteroso moribundo. Pero si Portugal se hallase, en efecto, en circunstancias tan duras y acudiese a nosotros, indudablemente lo recogeríamos y ampararíamos, echándonos al hombro, con caridad fraternal, una carga tan pesada. Por fortuna, no sólo de Portugal, sino nuestra, las cosas distan mucho de esa indigencia y falta de recursos que el vulgo de España supone [...] Cualquier libro, cualquier documento que consultemos para cerciorarnos de esta opulencia relativa en España y de esta indigencia de Portugal, viene a demostrarnos que estamos en un error [...] De esta suerte es como comprendemos el iberismo. No es una necesidad, y puede ser una conveniencia. No se requiere la unión para vivir. Portugal ha vivido bien, con riqueza y prosperidad materiales, y puede vivir bien del mismo modo sin nosotros; Portugal, sin nosotros puede llegar a ser una nación más industrial, más rica, más comerciante, más abastada que Bélgica; pero Portugal, sin nosotros, no puede ser una gran nación, y Portugal aspira a serlo [...] Aquella prosperidad puede renovarse fácilmente; pero Portugal no puede quedar satisfecho con aquella prosperidad. La condición, la índole, el instinto, las tradiciones de todo portugués, le mueven y arrastran a propósitos y fines más levantados. Ningún portugués negará esto, puesta la mano sobre el corazón. Esto, pues, y no la necesidad de vivir, para la cual no nos necesitan, es lo que más tarde o más temprano los traerá a todos al iberismo. No será la idea de que valen poco, no será el sentimiento de postración y de humildad, sino el orgullo nacional y los ensueños ambiciosos y las* saudades *del pasado poderío lo que han impulsado a hacerse ibéricos, no resignándose a ser ricos y prósperos, pero poco importantes, como Bélgica y Suiza».* Ibid, 686-90.

Aunque en algunos puntos la crítica de D. Juan a la formulación iberista de Gullón y sus camaradas era tajante y casi descarnada, por lo común y de acuerdo con las características del temperamento y el estilo valerianos, a menudo se desenvolvía por caminos más versallescos y eufemísticos. En su recorrido se despedazaban, como ya dijimos, sus tesis mayores y menores bajo la apariencia, en ocasiones, de concordancias formales e identidades anecdóticas, que D. Juan se afanaba, traicionándole su pluma, en elevarlas a categorías.

Pero en todos sus artículos latía con fuerza el propósito de su autor de no dejarse aprisionar por la controversia y colocar a sus páginas en el terreno de la especulación histórico-literaria, ya que la filosófica fuera objeto, en su aplicación a los dominios de Clío, de sus anatemas y puyas. La unión Ibérica no podía estar sometida a los vaivenes y humores de la política por alta que fuesen las instancias en que se fraguasen los planes y proyectos. Otro extremo, previo y superior a cualquier escarceo polémico, dejaba a salvo el autor de *Las ilusiones del Doctor Faustino,* su lusitanofilia, que le llevaba a no ceder a nadie en el interés por la misión de los pueblos peninsulares, contemplada como fruto que sólo la evolución de sus respectivas historias podía madurar[14].

Al decir de Azaña, el haz de ideas que nucleaba los dilatados escolios del escrito de Gullón (en exceso quizás infravalorado por el ensayista alcalaíno) regiría también la política adoptada por Madrid en la etapa —corta: un año— en que Valera ejerció la más alta de sus funciones gobernantes, la subsecretaría de Estado, de la que se posesionó el 11 de octubre de 1868 apenas instalado el Gobierno Provisional de la «Gloriosa». Aunque eran instantes en que la llama iberista prendió otra vez con fuerza en los sectores más ardidos del residual progresismo, Valera procuró atemperar su entusiasmo al cansino paso de la realidad. El mismo Prim, tan entusiasta en un principio de la candidatura al trono español del universalmente admirado D. Fernando de Coburgo, debió reconocerlo así, como desde una posición diferente lo expresara Castelar en uno de sus grandes discursos de las constituyentes del 69[15].

La embajada lisboeta y la crítica de Oliveira Martins

Estaba escrito en el destino de Valera que Portugal marcase horas señaladas de su existencia. Después de un largo interregno en su carrera diplomática y con la llegada por vez primera de los fusionistas al poder, D. Juan,

[14] *«Nosotros no somos menos apasionados que el señor Gullón de la unidad ibérica; pero creemos que ésta ha de realizarse por medios más lentos y suaves [...] La precipitación y la violencia, y el atribuirse superioridad una nación sobre otra, han sido causa de que la unión no se logre, o de que, ya realizada, vuelve a romperse, como en tiempo de los Felipe. Desde entonces hasta ahora no ha vuelto a renacer en ambos países la idea de la unidad. No contribuyamos, pues, con nuevas imprudencias, a que de nuevo se deseche [...] Nuestros políticos de ahora debieran imitar la conducta de aquellos reyes, preparando la unión de ambos países por medios semejantes, y no trazando planes de conquista, de revolución o de anexión, en perjuicio de alguna de las dos dinastías».* Ibid, 695.

[15] *N. Rivas, al que se debe quizás el relato más circunstanciado de la frustrada candidatura del padre de Luis I, escribe con referencia al ambiente iberista de la primera etapa de la Gloriosa: «En aquellos tiempos, la idea de la Unión Ibérica contaba con numerosos prosélitos. Políticos —especialmente los progresistas— literatos, poetas y hombres de ciencia extraños a los partidos, mantenían fervorosamente tan noble anhelo pleno de patriotismo y de sentimientos generosos, pero sembrados de obstáculos poco menos que insuperables. Tan simpática bandera tenía en España popularidad y ambiente, pero en Portugal*

defraudadas una vez más sus ilusiones políticas, aceptó sin demasiado entusiasmo, y a modo de compensación de su frustrada ambición ministerial, la embajada en Lisboa. Casi veinte años separaban la que había de ser su última estancia lisboeta de la precedente, sin que tal distancia hubiese amortiguado nunca su interés por sus cosas, en particular, las atañentes a su literatura. Probablemente su un tanto forzada marcha le colocó en una situación hipercrítica hacia el país que ahora contemplaba, en cuyos estamentos dirigentes creía observar un cambio de talante hacia España. Conforme a su juicio, la Unión Ibérica no figuraba ya entre las prioridades de los núcleos dirigentes lusitanos, impregnados del recelo, si no del desvío, de las capas populares hacia España. Puede imaginarse, pues, fácilmente el agrado con que el embajador de Alfonso XII ante Luis I entablase negociaciones al más alto nivel para que, complaciendo las insistentes peticiones de la reina madre, se llevasen a efecto entre una infanta de España y el futuro Carlos I aquellas bodas reales que, de haberse realizado en 1846 en lugar de los matrimonios franceses, hubieran, sin la menor duda, cambiado el curso de la historia de los dos países. Pero no estaba en manos de Valera volver a dar una oportunidad a un sentimiento y a un clima que fueron efímeros.

La conjunción de ambos sentimientos sumió a su residencia lusitana en una hondonera de quejas y lamentaciones continuas, una vez más expuestas principalmente a través de una copiosa correspondencia. Por fortuna, su carácter privado ahorró a D. Juan el acentuar su fama de hombre inconsecuente e inconstante. Aparte de sus informes al ministro, ningún escrito acerca de la civilización portuguesa brotó de su pluma, comprensiblemente enmohecida en este período, el cual, desde luego, fue, sin embargo, aprovechado por Valera para ensanchar el caudal de sus conocimientos y noticias sobre el país en que estaba acreditado[16].

A tenor de su producción posterior, cabe deducir que éstos consolidaron su visión iberista tal y como la hemos formulado en su glosa ya mencionada de la obra de Pío Gullón.

Pocos años después de terminada su embajada en Lisboa, libre de ataduras coyunturales, el pensamiento de Valera en torno al iberismo iba a explanarse con infrecuente rotundidad en su pluma en otro de sus textos en torno al diálogo peninsular, surgido siempre, para ser fructífero, desde un fundamental dualismo en el que Valera no se recataría de insistir. Justamente al hilo de otra reseña crítica, la del gran libro de Oliveira Martins *Historia de la civilización ibérica,* su admirador cordobés daría rienda suelta a su pensamiento iberista, oreado ya por las brisas de la edad madura.

Muy pocas serán en este dilatado comentario las referencias que quepan espigarse en punto a la actualidad y a los asuntos estrictamente políticos relacionados con el iberismo estatal. No se crea por ello, sin embargo, que

era rechazada, por juzgarla atentatoria a su autonomía. Sólo un reducido grupo de románticos miraba sin prevención, lo que se deseaba con tanto calor aquende la frontera. El miedo a perder su independencia —el vulgo no concebía la federación dejando intangible la soberanía— ponía espanto en el ánimo del pueblo portugués». Curiosidades históricas contemporáneas (Páginas de mi archivo y apuntes para mis memorias). *Barcelona, 1942, 131. M. Vid también Azaña,* O.C..., *994.*

[16] *«El iberismo —dirá a Menéndez Pelayo el 8 de abril de 1881, apenas tomaba posesión de su cargo— progresa aquí, sobre todo entre republicanos. El odio a Inglaterra le da muchas alas. Periodistas y literatos portugueses a manta, quieren ir para el centenario de Calderón con bandera y otros primores. Desean ir de balde y que se les envíe de ahí un salón-vagón. Hay también grande empeño en que los antiguos objetos de arte que desde Madrid vayan a Londres, a la Exposición, vuelvan a España por Lisboa, a fin de hacer aquí una Exposición artístico-arqueológica peninsular».* Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo. *Madrid, 1930, 81-2.*

las cuestiones del día no encontraban reflejo en el escrito, alumbrado precisamente por la comezón colocada en el espíritu de su autor por el auge del catalanismo. Con aspereza infrecuente en su obra, Valera descalificará dicha corriente ideológico-política al considerarla nociva para la existencia de la patria española y su progreso. El legado de los siglos ponía de manifiesto su inviabilidad. Al contrario de lo que sucediera con Portugal, cuya trayectoria en forma opuesta a lo que pretendían los ideólogos del catalanismo, en ningún momento se asemejaban a la del Principado, la historia imponía en los respectivos progresos una diferencia capital que estribaba en el hecho de la nacionalidad. Esta había acompañado desde su nacimiento a Portugal con la dinastía de los Austrias, en tanto que la Corona de Aragón mostró una incoercible inclinación española en los momentos decisivos de su andadura autónoma.

Amplios y cristalinos párrafos desarrollaban la teoría valeriana sobre la formación de la unidad hispana, nutriéndose del mismo ideario que alimentara a su escrito de treinta años atrás, historia y literatura volvían a comparecer *in extenso* como apoyatura y, a las veces, refrendo de la tesis de D. Juan. Alguna de éstas recibirá ahora una atención más específica, especialmente la de la españolidad del Portugal del otoño medieval e inicios de los tiempos renacentistas. Los grandes reyes lusitanos de esta época, sus caudillos y artistas revelaron en sus actos y deseos una concepción unitaria del ser histórico de España. Un destino fatal sembró entonces la unión peninsular de grandes ocasiones perdidas, al contrario de lo que acaeciera entre Castilla y Aragón, cuyas glorias eran cantadas muy entusiásticamente por la fría pluma del humanista cordobés[17].

El cual elogiaba también con vivo acento los numerosos valores que atesoraba la obra de Oliveira, con la que disentiría, empero, en ciertos extremos capitales, asaz interesantes para un estudio de la civilización y cultura hispanas, pero alejados un tanto del objetivo perseguido por las presentes páginas. Bien que muy sintetizada, una verdadera teoría de la historia de España y de la forja de la civilización peninsular queda formulada en los párrafos centrales de su extenso comentario al libro indicado. Particularmente, los estudiosos atraídos por la contribución musulmana a la identidad española —muy matizada y casi devaluada por el cordobés— encontrarán aquí valiosas piezas para su análisis.

El testamento iberista de Valera

El pensamiento iberista del autor de *Pepita Jiménez* expuesto en plena efervescencia del movimiento allá por los años sesenta e inicios de la déca-

[17] «*Estos portugueses me parecen unos destacados aborrecedores de su propia gente y deseosos de parecer ingleses; pero los ingleses hallan, en su vanidad, que de los portugueses a ellos hay más grados en la escala de los seres que de los portugueses a los macacos. Muchos se han enojado contra usted porque usted ha dicho que son españoles. En efecto, no lo son; quieren ser ingleses y no son más que gallegos [...] Cada día estoy más desencantado del iberismo, y, sobre todo, de los portugueses. Me parece profundo este dicho de Tamayo: «No quiero a Portugal si no me le dan despoblado». Soy, con todo, de opinión que Portugal puede sernos útil, pero no sabemos gozar de esta utilidad. Para España debía ser Portugal como para los mozos de Esparta aquel ilota borracho con el aspecto de cuya degradación y extravagancia se retraían ellos de incurrir en la borrachera [...] Esto es bello como país y delicioso como clima; pero ¡qué gente, Dios mío, qué gente! El mejor de los portugueses es una caricatura de un español de igual clase, con algo de odioso además, porque hoy su amor a su autonomía crece en la Península no por la abundancia de diversas clases de savia sino porque vamos todos a buscar en tierra extranjera la savia que nos falta o que creemos que nos falta [...]. Un castellano imparcial, como yo creo que lo soy (salvo la suposición atrevida de llamarme* castellano *habiendo nacido en el*

da siguiente con el nuevo impacto recibido por la «Gloriosa», volvería a manifestarse, ahora ya sin ningún ambaje ni disimulo, con motivo de la denominada crisis del Ultimátum. Aprovechando su reseña en verdad crítica al libro divulgador *Portugal contemporáneo* del cubano Rafael María Labra, uno de los más incondicionales partidarios del iberismo en los decenios precedentes, aparecido en Madrid a fines de 1889, D. Juan desgranaría algunos de los argumentos que le llevaban a desechar cualquier planteamiento unificador, tanto a corto como a largo plazo. Más por culpa y responsabilidad de España que por las de la nación vecina, ambas desconocían casi todo del pasado y el presente de su respectivo vecino. Con tal basamento cualquier idea de estrecha alianza o de unidad política frisaba en lo quimérico. A mayor abundamiento, la coyuntura depresiva padecida por uno y otro país no era tampoco la más oportuna para alentar una empresa que, de realizarse sumaría debilidades y escaseces. Los tiempos aconsejaban precisamente lo opuesto a las aspiraciones de los iberistas hispanos. Que una y otra nación recorrieran independientes los próximos tramos de la historia era para el avezado diplomático y buido observador de la realidad internacional la fórmula más idónea para la paz de entreambas. Tanto más cuanto que los modelos diseñados por los iberistas españoles se mostraban a la mirada de Valera como caja de Pandora, ya que la autonomía preconizada por el autor de *Portugal contemporáneo* y muchos otros de sus compañeros de aventura, era una pócima demasiado fuerte para países erosionados por una prolongada decadencia. Si internacional había sido la causa inmediata y directa de la grave crisis de enero de 1890, también habría de provenir del exterior y de las principales cancillerías europeas una solución relativamente honorable para un Portugal razonablemente ofendido. Evidentemente, España poco o nada tenía que hacer en el tema, en donde sólo los fuertes imponían su criterio[18].

No contento con tan crudo realismo, D. Juan ahondaba aún más el estilete desinflador de sus sueños y utopías. Campañas lingüísticas y demográficas en pro de un bloque iberoamericano no obtendrían otro resultado que el de elevar aún más los muros de hostilidad y recelo por parte de las potencias anglosajonas, en vanguardia del protagonismo histórico. Inconscientemente, como es claro, D. Juan adelantaba en este diagnóstico de la crisis lusitana de 1890, el desconsolador análisis que provocaría en su ánimo, embargado por la tristeza, según lo patentiza su *Morsamor*, el trauma del 98, en muchas dimensiones semejante al que padeciera Portugal unos años atrás. «Por ahora la unión está harto distante, y conviene quizás que lo esté. Ya lo hemos dicho: la unión de dos ruinas traería ruina mayor y no restauración ni renacimiento. [...] Esta misma ignorancia que hay en España de todo lo portugués, la casi igual ignorancia que en Portugal hay

reino de Córdoba) reconoce desde luego todas las nobles prendas de los catalanes, admire todas las glorias del antiguo condado y cree que Barcelona es en el día la primera ciudad de España [...] Desengañémosnos: el catalanismo es absurdo y malsano. Y el regionalismo, en general, no bien traspasa los límites de aspirar a cierta descentralización [...] sólo puede conducir al caos del cantonalismo, ideal de Pi y Margall, o a la disolución de un gran pueblo, que pudiera partirse como Polonia, si tuviese por confín grandes potencias y no mares [...] Menester ha sido de un conjunto de circunstancias extraordinarias, de un verdadero prodigio histórico para que en la Península sea y tenga cumplida razón de ser, además de la nación española, otra nación, la nación portuguesa». Ibid, *813, 817 y 820.*

[18] *«En el Siglo de Oro de Portugal y de España, al portugués más acérrimo no se le ocurría negar su calidad de español. Se distinguía, sí, de castellanos, aragoneses, catalanes, andaluces o gallegos; mas para él eran españoles todos. Su gran Camoens era el príncipe de los poetas españoles; España, con Portugal, era la cabeza de Europa toda y Portugal, parte de España, era como la coronilla o vértice de la cabeza. Este mismo modo de pensar sigue en el día, si bien, para evitar confusiones y para dar satisfacción a cierta pudibundez autonómica, se califica de* ibérico *lo que se califica de* español». Ibid, *825.*

de España, ¿para qué negarlo?, no proviene sólo de nuestra desidia, sino de cierto menosprecio vulgar e injusto y de la cándida admiración y el éxtasis y arrobo con que admiramos lo inglés o lo francés, desdeñando todo lo nuestro, hasta el día en que nos sentimos vejados o maltratados por nuestro ídolo y nos volvemos contra él con furia impotente y, por su ineficacia, un poquito cómica [...] pero una tardía reconciliación con la también decaída España no había de rehacer lo destruido entonces, ni había de volver a Portugal ni a España el poder perdido y las posesiones ultramarinas malbaratadas. Razón tiene, pues, *O Seculo* en responder con desvío a las cándidas muestras de ternura y a los ofrecimientos de alianzas y de uniones que periódicos de aquí han hecho inocentemente a Portugal en su presente cuita. Con todo, no es menos cándido soñar con que de ella pueda sacarle una confederación de los pueblos *latinos,* como si la etimología casi idéntica en los Diccionarios de algunas naciones tuviesen mucho que ver con su diplomacia. El interés general de toda Europa será quien, al fin, sacará a Portugal, si no airoso, menos vejado y lastimado»[19].

José Manuel Cuenca Toribio

[19] *«Distamos no poco de inferir, con la seguridad con que infiere el señor Labra, la natural unión de Portugal y España en un porvenir más o menos cercano. Grandes son las dificultades que habría de vencer para esto; pero de todos modos, ni creemos, ni deseamos que sea condición de esa unidad futura cierta descentralización con que sueña el señor Labra y que viene a parar en autonomía. Preferible es seguir siempre separados de Portugal, a romper nuestra unidad nacional, ya lograda en todo lo demás que es y que se llama España [...] Aún cuando fuera posible y hasta fácil la unión ibérica, con Portugal y España, no sería la unión ventajosa ni conveniente. No brotaría de esta unión vida más briosa, sino miserias mayores, recriminaciones y disturbios. Las autonomías del señor Labra lo empeorarían todo en vez de remediarlo. Tal como es ahora la situación del mundo y de las cosas que hay en él, nos parece que si aunásemos todas las fuerzas de España y de Portugal y de sus colonias, y de las dieciocho repúblicas que fueran sus colonias, no inspiraríamos, por ejemplo, a Inglaterra, más respeto y consideración, y le inspiraríamos, en cambio, cierto recelo y enojo, que hoy siquiera no le inspiramos. Lo menos malo, pues, es vivir modestamente separados, y desechar como peligroso y tentador ensueño toda vaga esperanza, no ya sólo de unión, sino hasta de confederación ultraautonómica».* Ibid, *Madrid, 1949, II, 814-5. Vid también nuestro artículo «Galdós, iberista»,* Anuario de Estudios Atlánticos *(1994).*